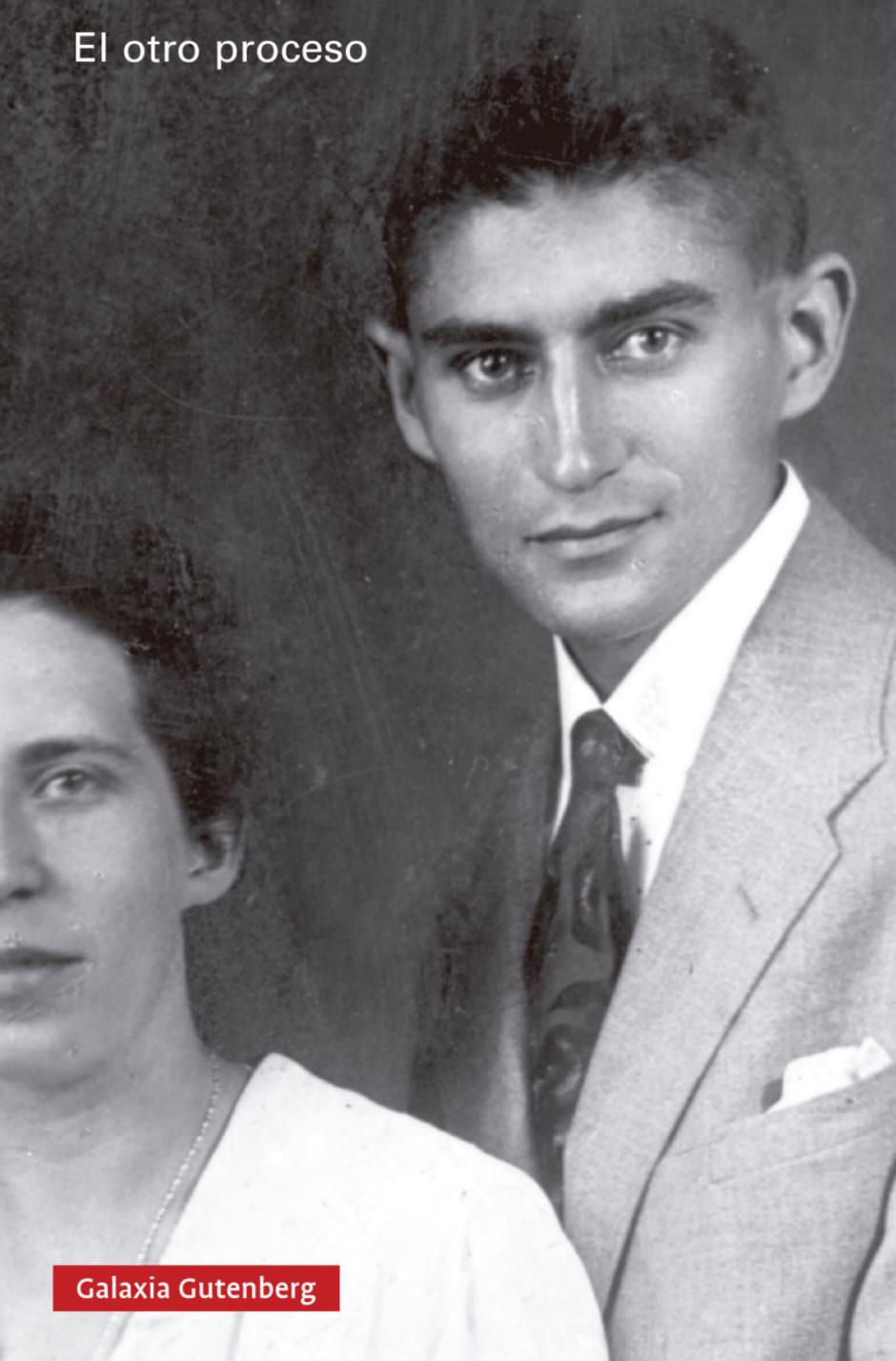


Elias Canetti

Sobre Kafka

El otro proceso



Galaxia Gutenberg

Elias Canetti

Sobre Kafka

El otro proceso

Edición de Ignacio Echevarría,
a partir de la edición alemana
de Susanne Lüdemann y Kristian Wachinger,
autorizada por la Fundación Canetti

Traducción de
Adan Kovacsics y Juan José del Solar

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una subvención del Goethe Institut.

Edición al cuidado de Ignacio Echevarría

Título de la edición original: *Prozesse über Franz Kafka*
Traducción del alemán: Adán Kovacsics y Juan José del Solar Bardelli

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2023

© Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, Múnich, 2019
según acuerdo con Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com
© de la traducción: Adán Kovacsics y herederos de Juan José del Solar Bardelli, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 3843-2023
ISBN: 978-84-19392-37-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Sumario

PRÓLOGO

El Kafka de Canetti,
por Susanne Lüdemann

9

Nota a la edición española,
por Ignacio Echevarría

29

Apuntes de los años 1946-1966

39

Apuntes de la época de los trabajos preparatorios
de «El otro proceso» (1967-1968)

59

Apuntes de la época de los trabajos preparatorios
de la segunda parte de «El otro proceso» (1968)

127

El otro proceso (1968)

195

Apuntes posteriores a la redacción
de «El otro proceso» (1968-1994)

303

APÉNDICES

Proust – Kafka – Joyce:
una conferencia introductoria (1948)
345

Hebel y Kafka (1980)
371

Notas
375

Índice de obras de Kafka citadas
427

Índice de nombres
y títulos citados
431

Apuntes de los años 1946-1966

17 de enero de 1946

Nada más inquietante que las dudas de un hombre nacido para la fe. Cada paso como huida ante la duda. (Kafka)

Kafka tenía a su Kierkegaard, en quien se encontró y se reconoció a sí mismo. Yo tengo a Blake.

30 de diciembre de 1946

Volverse poco claro a través de la claridad: el genio de Kafka.

Incluso sobre las mujeres lo sabe Kafka todo, ¿qué es lo que no sabe?

25 de junio de 1947

El fallo en la vestimenta como un fallo muy propio. El rechazo que le tenía Kafka a un esmoquin.

Todo cuanto sé sobre *Kafka* me encanta y me inquieta al mismo tiempo. Me encanta su superioridad, que es irrefragable; carece realmente de cualquier vanidad de escritor, nunca se envanece, no puede envanecerse. Se ve pequeño y avanza a pasos cortos. Dondequiera que pone el pie, advierte la inseguridad del suelo. No nos sostiene, mientras estamos con él nada nos sostiene. Y así renuncia él al engaño y a los artificios de los escritores. El brillo de estos, que él percibía perfectamente, ha desaparecido de sus propias palabras. Con él tenemos que avanzar a pasos cortos y nos volvemos modes-

tos. No hay nada en la más reciente literatura que nos vuelva tan modestos. Él reduce la ampulosidad de cualquier vida. Mientras lo leemos, nos volvemos buenos, pero sin enorgullecernos de ello. Los sermones enorgullecen a quienes conmueven: Kafka renuncia al sermón. No transmite los mandatos de su padre; una extraña obstinación, el más grande de sus dones, le permite interrumpir la concatenación de mandatos que se van transmitiendo continuamente de padres a hijos. Se sustrae a su poderío; lo que tienen de energía externa, su *animalidad*, se anula en él. Tanto más le preocupa, en cambio, su contenido. Los mandatos se convierten para él en *reparos*. Es entre todos los escritores el único que no ha sido contaminado en absoluto por el poder; no hay poder alguno, sea del tipo que sea, que él haya ejercido. Despojó a Dios de los últimos vestigios de paternidad. Lo que queda es una red espesa e indestructible de reparos relacionados con la vida misma y no con las pretensiones de su creador. Los otros escritores imitan a Dios y se comportan como creadores. Kafka, que nunca quiere ser un dios, tampoco es nunca un niño. Lo que algunos encuentran aterrador en él, y que a mí también inquieta, es su constante *condición de adulto*. Piensa sin mandar, pero también sin jugar.¹

6 de julio de 1947

La biografía de Kafka que he acabado de leer esta noche me ha conmovido de una manera profunda y extraña.² Es entre los escritores «vivos» el único con el que realmente me siento vinculado, al que admiro tanto como a los antiguos. Lo percibo como alguien «vivo», no porque ahora tendría sesenta y cuatro años, sino porque es plenamente de nuestro mundo y lo será siempre; o quizá debamos decir que el mundo será como él. No hay en él nada superfluo, a pesar de toda su prolijidad; tiene la simplicidad de todas sus ramificaciones. Tiene algo de un puritano y más aún de un judío; lo más acertado sería quizá llamarlo un *esenio*; encarna la antigua forma judía del puritano. La primera vez que me topé con él fue en el verano de 1930-1931,

mientras escribía *Auto de fe*, que por aquel entonces aún no tenía título, por supuesto. Compré en la librería Lanyi *La transformación* y *El artista del hambre*.³ *La transformación* me hechizó; me pareció perfecta. Aparte de *Rojo y negro* de Stendhal, que leí entonces en alemán, ninguna otra obra literaria me pareció tan cercana. Si mal no recuerdo, la lectura de *La transformación* se produjo cuando había llegado al lecho de enfermo de Kien, que entonces era aún Kant.⁴ Sin duda influyó en el posterior desarrollo de la primera parte de la novela. De manera oscura, yo era consciente de esta influencia; pero como, por lo demás, yo solo conocía *El artista del hambre*, todavía no *El proceso* ni *El castillo*, siempre me enfadaba cuando alguien mencionaba esa influencia, y la negaba sin más. Hoy tengo la sensación de que sin *La transformación* Kien jamás se habría petrificado; su última aventura con Teresa en la vivienda se habría desarrollado de algún otro modo. De la recopilación *El artista del hambre* solo me acuerdo del relato que daba título a ese pequeño volumen. Se lo leí a Veza, a la que no acabó de impresionar.⁵ El sigilo del artista del hambre hacia el final del relato aparece en *Auto de fe*; es el sigilo de Kien tras el violento registro en el Cielo Ideal, cuando lo decepcionan y, todavía ansiosos de sus billetes de banco, lo dejan tirado en el suelo.⁶

Diría que esa influencia de Kafka no podía ser muy grande. Tal vez me alentó a alcanzar una precisión y densidad a las que había llegado por mí mismo gracias a mi propia pedantería. Por fortuna para mí, por aquel entonces no había conocido aún ni *El proceso* ni *El castillo*; porque de esas obras me habría costado desembarazarme.

28 de enero de 1948

El mundo de las palabras, de las sensaciones y de la duda: Joyce, Proust y Kafka.⁷

30 de marzo de 1950

Kafka, un gigante de la pequeñez.

13 de enero de 1951

Reparo-intimidación. (Kafka)

6 de marzo de 1951

Me pregunto cómo es posible que casi ninguna de las figuras venerables de la literatura moderna me signifique nada. Shaw me parece una broma superficial, Gide no me dice nada, Eliot me asquea y Mann me aburre. Valéry es una excepción, es entre todos ellos el único que me *entretiene*. Pero luego debo confesarme que tanto Kafka como Proust sin duda podrían estar aún con vida y a ambos, eso sí, los admiro tanto como a cualquiera de los antiguos.

25 de diciembre de 1953

Dos pasajes muy curiosos en Kafka, ambos relacionados (escritos un día tras otro: 19 y 20 de octubre de 1917):

«*Psicología es impaciencia*. Todos los errores humanos son fruto de la impaciencia, de la interrupción prematura de lo metódico, de un enquistamiento aparente de la cosa aparente.»⁸

«*Hay dos pecados humanos principales, de los que derivan todos los demás: la impaciencia y la negligencia*. Por la impaciencia los expulsaron del Paraíso, por la negligencia no vuelven a él. Aunque en realidad solo haya un pecado principal: la impaciencia. Por la impaciencia los expulsaron, por la impaciencia no vuelven.»⁹

Mi paciencia es tan inconmensurable como mi indolencia.

27 de diciembre de 1953

Kafka no es nutritivo, pero tiene el carácter siempre *temeroso* de la criatura. Son escasas las criaturas en las que no pueda convertirse, siempre y cuando estén *marginadas* o *amenazadas*. En la amenaza que percibe no cabe el juego. Nunca se introduce en él la más mínima huella de la superioridad que el ser humano normalmente hace notar cuando, jugando, se equipara con alguna de sus víctimas más

débiles. Es hasta tal punto la víctima que siempre lo ve todo desde la óptica de la víctima. No tiene piedad, pues esta presupone que un ser ancho y fuerte acoja a uno pequeño y débil. La piedad es fuerza y acogida. Él, sin embargo, *se convierte* en el débil y siente la amenaza del fuerte que en general ni siquiera puede ver o encontrar. Jamás examina lo poderoso, le resulta demasiado poderoso; pero, fascinado, lo tiene presente, jamás le vuelve la cara; bien sabe que no se lo puede vencer, pero está siempre allí. Toda su obra, todo cuanto apuntó, está atravesado por la conciencia de esta supremacía. La coherencia de su postura es única en la literatura universal, y desde luego no iríamos muy errados al suponer que murió por causa de ella.

28 de diciembre de 1953

Kafka solo nos da los huesos. Eso sí, bien roídos.

A Kafka solo lo conocí *realmente*, esto es, incluyendo *El castillo* y *El proceso*, en el verano de 1948, cuando F. volvió conmigo y yo experimenté con ella los únicos meses mundanos y felices, los únicos placenteros que he conocido.¹⁰ De modo que solamente lleva cinco años conmigo en un sentido cabal y no puedo leerlo sin pensar en F. Pero también pienso a veces en Steiner,¹¹ con quien he hablado a menudo sobre él. Puede que K. me resulte cada vez más atrayente y legible porque se le ha impregnado algo de mi inconcebible felicidad de aquellos meses y porque me evoca la imagen de dos de mis muertos más importantes.¹² También es posible que Steiner, que en algunos aspectos, aunque fuese solo en lo externo —su origen, su físico débil, su muerte prematura—, tenía cierto parecido con Kafka, fuera enviado por este como mensajero a Friedl. Él todavía alcanzó a seguir el desarrollo de la enfermedad de Friedl, pero murió cuatro meses antes que ella. No puedo decir cómo este vínculo con Kafka se entrelazará con mi destino, es decir, con mi último momento. Desearía que me fuera dado llegar a juzgarlo por mí mismo.

23 de mayo de 1960

Pavese es una figura entre Kafka y yo. Que su nombre, Cesare, no te suponga una molestia. Innumerables perros se han llamado así. El verdadero escritor es el perro de su tiempo.¹³

24 de enero de 1963

De Homero hasta Kafka lo tiene todo enlatado.

14 de diciembre de 1964

Cada línea de Kafka me resulta más querida que toda mi obra. Porque él, y solo él, ha quedado libre de toda ampulosidad.

Solamente en el amor cabe la ampulosidad. Es una cualidad fálica que impregna al hombre. No creo que Kafka fuera capaz de hacer realmente feliz a una mujer. Yo lo aprendí a los cincuenta y ocho años, antes me resistía con todas mis fuerzas y del amor solo me permitía los celos, lo cual es muy poca cosa.¹⁴

Cuando pienso en Kafka, mis propias reacciones me resultan *sosas*, como las de todos los animales que viven encima de la tierra. Hay que ser un gusano como Kafka para devenir un ser humano. Solo se debe saber reptar y *todo* tiene que salirnos mal. Hay que urdir planes que nunca cuajan. Hay que morir prematuramente y sin siquiera ganas de morir. El poco tiempo de vida hay que pasarlo en general enfermo. Hay que refugiarse en la tierra ante los poderosos.

26 de diciembre de 1964

No puedo ser como Kafka, su reino era la impotencia. Por eso se lo tendrá que amar siempre.

Por mí, cuyo reino es el poder, solo cabe sentir rechazo, pues a nadie le es dado odiar el poder tanto como para destruirlo sin previamente haberse entregado a él.

La rara naturaleza de Kafka (la más noble de este siglo) pudo sustraerse al poder. Por eso no había en su vida *nada* que lo deshonrara y por eso murió, además, mucho más temprano y en un estado de singular inocencia.

Yo he tenido que adquirir toda la culpa, en particular la más odiada, para no cederle nada al poder, para no pasarle nada por alto.

6 de mayo de 1965

Proust, Joyce y Kafka. Es curioso que los tres escritores más importantes e influyentes de este siglo estén comprometidos de la manera más profunda con el diario como tal. La obra de Proust no existiría sin el influjo de Saint-Simon, del texto memorialístico más sustancioso de la literatura universal, surgido a partir de diarios que su autor llevó durante décadas. Joyce llevó hasta un extremo nuevo y radical el registro del día, hasta registrar lo momentáneo, que de tal modo se convierte en simultáneo. Kafka dejó muy clara su pasión por los diarios, que eran su lectura favorita, y valdría la pena demostrar lo que él debe a esa lectura. Él mismo nos ha dejado unos diarios que debemos tomar muy en serio. La dignidad del diario ha alcanzado en estos vástagos, en esto que percibimos como literatura moderna, su punto álgido. Negarla sería más que inconcebible, sería directamente un disparate.

6 de julio de 1965

Ayer leí algunos de los ensayos teóricos de Robbe-Grillet.¹⁵ Me deja completamente frío. Ese mundo del que habla, el de las cosas *fuera* del ser humano, solo se alcanza a través del ser humano. ¿Cómo quiere excluirse si lo describe? La desconstrucción del personaje lo convierte en un dios omnisciente, aún más de lo que lo ha sido nunca el novelista de antes. La diferencia reside solamente en que antes el novelista distribuía su omnisciencia entre varios personajes, mientras que ahora el único personaje es él. El hecho de que lo esconda tras las cosas no quiere decir que no esté.

Cuando habla del paulatino encogimiento del personaje, hasta llegar al K. de Kafka, olvida que Kafka expresa con ello algo muy humano, la impotencia.

10 de julio de 1965

Resulta llamativo que importantes obras literarias de este siglo sean tan *personales*: Proust, Joyce, Kafka, infinitamente diferentes uno del otro, tienen algo en común: el haberse mantenido tan cercanos a ellos mismos, a su experiencia más concreta.

La novela «objetiva», como las de Flaubert o Tolstói por ejemplo, ha desaparecido en ellos. Su tersura no les basta, ellos se refieren a experiencias más sutiles. Cada uno de ellos es su personaje principal, e incluso allí donde la fuerza para la creación de personajes raya a máxima altura, están los tres subordinados a un yo que no es en absoluto tan ficticio.

11 de julio de 1965

Hallar un lenguaje que sea tan claro que se convierta en misterio. (No como en Kafka, *sin* la sustancia propia del hablante, desprovisto de su sustancia.)

17 de julio de 1965

Desde hace mucho tiempo sé que Joyce no me conmueve en absoluto. Desde hace mucho tiempo es Kafka mi verdadero escritor. Pero yo no soy como él, y por tanto no puede agotarme. Desde hace mucho tiempo he intuido que Proust es el más grande de los tres. Ahora me afecta muy particularmente, porque estoy lleno de recuerdos propios sin agotar.¹⁶ No obstante, sé también que mi camino hacia el recuerdo no puede ser el suyo. (Él tiene la sensibilidad de un enfermo; yo, la brutalidad de un hombre sano que a los sesenta años vive su mayor pasión amorosa.) En mi vida todo está *desplazado*; lo más importante, que es también lo más natural, solo lo conozco ahora; y todo cuanto pensé antes solamente me era accesible porque me faltaba esto más importante. El desprecio del sexo era una fortuna para alguien que debía resistirse a Freud para mirar a la masa a la cara.¹⁷ No era una fortuna para un escritor (que por eso mismo, sin duda, no lo era ya desde su juventud).

De ahí que la proporción entre recuerdo y presente sea en mi caso muy distinta que en el de Proust, y yo deba hallar mis propios caminos hacia el recuerdo.

Desde la obra de estos tres escritores, sin embargo, han ocurrido algunas cosas que solo conozco por fragmentos casuales. Tal vez se haya encontrado ya aquello que yo debería hacer ahora. Tal vez ya no tenga nada en absoluto que hacer como novelista. Tal vez solo me reste dedicarme de lleno al drama, donde me he quedado atascado porque nadie quería escucharme.¹⁸

14 de agosto de 1965

Existen numerosos métodos para rehuir la insipidez de la tradición en el arte. Insistir en uno solo pronto acaba siendo igualmente insípido: nada es más aburrido y absurdo que las luchas por el prestigio en el arte. La forma, por ejemplo, en que se gestó la fama de Joyce tiene algo indescriptiblemente vergonzoso y está íntimamente emparentada con movimientos simultáneos en la vida política. El caso de Proust es diferente: a su fama no le precede ninguna formación de partidos o de sectas; pero la fama más inocente y, por tanto, la menos capciosa es la de Kafka.

El hecho de que yo mismo experimente algo parecido a una cierta fama, aunque mucho menor, me llena de una repugnancia indecible. La persona que la merece, que habría tenido todo el derecho a disfrutar de ella, Veza, que fue la víctima de esta fama, ya no vive.¹⁹

Por un único motivo acepto en apariencia esta fama: podría servir para reforzar entre los seres humanos el desafío a la muerte que únicamente yo represento de una manera consciente, pues los demás solo escuchan «nombres».²⁰

17 de agosto de 1965

«¿Por qué no escribo como...? ¿Como quién?»

La tarea de responder a esta cuestión, que me fue impuesta, me atrae, y comienzo a creer que las tareas son positivas para mí.

Pero ¿como quién? ¿Karl Kraus? ¿Stendhal? ¿Gógol? ¿Dostoievski? ¿Swift? ¿Kafka? ¡Cuántos modelos ha tenido uno! O cuántas influencias, como mínimo. ¡Y en qué ámbito! Si se tratase del drama, debería decir por qué no escribo como Aristófanes o como Büchner.

Si se tratara del pensamiento, debería decir: como Hobbes, o Freud, o, más aún, como Burckhardt. En cuanto a los apuntes, no podría nombrar a nadie, porque debería nombrar a *todos* aquellos de quienes conservamos apuntes: Pascal, Chamfort, Joubert, Lichtenberg, Hebbel.

Lo que me atrae es tener que plantear seriamente, por fin, la cuestión de la esencia del *modelo*.

2 de septiembre de 1965

Debería sentir cierto afecto por Joyce por el mero hecho de que a él le debo Svevo. Por lo demás, no siento nada por él, me deja completamente frío.

Resulta extraño, cuando pienso en cómo idolatro a Proust y a Kafka.

Estoy cada vez más convencido de que Joyce *no puede* permanecer.

22 de febrero de 1966

Creo que en mis primeras obras los elementos del surrealismo, del existencialismo y del teatro del absurdo estaban juntos, sin separar, y que mis raíces, cuando de eso se trataba, eran Aristófanes, Cervantes, Gógol y sin duda también Karl Kraus. Después se añadieron Büchner y las piezas breves de Kafka: *La transformación*, *Un médico rural*, *Un artista del hambre*. Los expresionistas alemanes solo actuaron sobre mí a través de Karl Kraus. A Sternheim, por ejemplo, no lo he leído nunca, no conozco nada suyo.

Cuanto se pueda decir respecto a mis tres primeras obras lo debo al hecho de nunca haber pertenecido a ninguna corriente literaria moderna y de haber encontrado todos mis modelos para mí solo.²¹

3 de marzo de 1966

Solo los escritores que murieron muy jóvenes, Büchner, Trakl, conservaron la pureza de su intuición. En todos los demás se transformó poco a poco en experiencia. Solo en este sentido se puede afirmar que Kafka se mantuvo siempre igual a sí mismo; tenía desde un principio una unidad propia, y se le ahorró el convertirse luego en joven.²²

21 de abril de 1966

La empresa de Dante me parece cada vez más titánica. ¿Quién podría competir con él y convocar a los nombres de *nuestra* época a un juicio semejante al que constituye su poema?

Lo más difícil que alguien puede hacer ahora es juzgarse *a sí mismo*, ¡y qué orgulloso se sentirá luego si de verdad lo consigue!

Nadie posee ya la inquebrantabilidad ni la confianza del juez.

El juez ha acabado por sospechar de sí mismo. Y no se lo creemos. No le creemos que no se avergüence de ello. La concreción de esa vergüenza es Kafka.²³

18 de junio de 1966

Por mucho que él se esfuerce en dudar no conseguirá ser un Kafka.

5 de julio de 1966

No divagar, *mantenerse pegado a la cosa*: «Pero una sola cosa no existe, se te trastorna entre las manos». «Sin duda. Esos trastornos que están en la cosa misma son legítimos. Pero hay también algo muy distinto. Los saltos que vienen dados desde *fuera*, saltos de rama en rama, de árbol en árbol. Estos se pueden ralentizar, reducir y por un tiempo incluso evitar.» «Como en el caso de Kafka, donde la ralentización resulta decisiva. Todo depende entonces de la *uniformidad* de la tardanza.» «También se puede insistir en velocidades *cambiantes*.» «En tal caso, sin embargo, se pierde la *pureza* de la textura, tan característica de Kafka.

Su uniformidad parece hecha de un material especial; de la univocidad y calma de las palabras surge la multivocidad de su literatura. Todo parece visto desde una única perspectiva. La multivocidad reside en el propio mundo representado, no en quien lo representa. Un efecto sumamente curioso. Podría definirse como lo no-dramático por excelencia. Kafka no divaga, se mantiene realmente pegado a la cosa, pero esta cosa lo es *todo*. Podría no serlo si se permitiera saltos dramáticos. Él mismo es un bicho. Pero su caparazón nunca se ha endurecido, y él ha seguido teniendo un cuerpo completamente sensible.»

25 de julio de 1966

Un cumpleaños «privado», no como el año pasado, que fue el de los sesenta. Hoy han llegado todavía dos paquetes de libros de Hera; uno contenía un maravilloso libro sobre pájaros; el otro, una serie de libros que yo deseaba y esperaba. En primer lugar, *El castillo* de Kafka, que me había desaparecido hacía tiempo, así como *América*, el ejemplar de la propia Hera, que ella poseía desde hacía trece años, creo que es su libro preferido o, en todo caso, su preferido de Kafka. También *Recuerdos de la casa de los muertos* de Dostoievski, el primer libro sobre el que le hablé, en presencia de Hell, hace siete años, en la edición que ella luego leyó por recomendación mía. Ese libro fue para Hera un puente entre Hell y yo; él le había hablado a menudo sobre su cautiverio en Siberia, como también a mí antes de que ella lo conociera, y de hecho fue por ese relato que ella lo amó. Por último, dos libros muy hermosos con imágenes en color de minerales y de criaturas del fondo marino. Cuántos regalos; Hera me rodea de dones, prosigue a su manera aquello que solo Veza conseguía.

Además ha llegado algo que se relaciona con Zúrich y por tanto también con Hera: una invitación a dar allí una conferencia, el 8 de enero.

En su carta, Hera me escribe que lo que más habría deseado era presentarse repentinamente en mi casa. Pero que

decidió no hacerlo porque este día pertenece a Veza. Valoro mucho esta delicadeza, pues ella no puede saber que *cada día* pertenece a Veza, incluso los días en que a ella, a Hera, la amo de la forma más apasionada, Veza y yo amamos juntos a Hera, ella es nuestra común amada.²⁴

30 de julio de 1966

Aún no he hecho nada. Sin embargo, percibo que algo puedo hacer porque absorbo mucho. Me interesan cientos de libros, los más diversos. Leo poemas en todos los idiomas que conozco, en traducciones cuando están en lenguas que no conozco; e intento entonces echar al menos un vistazo a la lengua original y enseguida aprendo con afán unos cientos de palabras, como si tuviera veinte años. Miro libros sobre todos los animales imaginables. Vuelvo a escuchar algo que no hacía desde hacía muchos años: mis queridas voces animales.²⁵ Por fin he tirado el Strindberg amarillo que tenía al lado de mi cama y que *jamás* había abierto, era simplemente una herencia de mi madre, y he instalado en cambio una pequeña y maravillosa biblioteca, con muchas de las obras que más me importan. Allí están, pues: la *Odisea*, un volumen de Sófocles (*Áyax*, *Electra*), los presocráticos, los socráticos (por los cínicos), Pascal, *Rojo y negro*, *La cartuja*, *Del amor*, los escritos autobiográficos, *Roma*, *Nápoles y Florencia* de Stendhal, Kleist, Swift, Blake, arriba, más por respeto que por conocimiento, Dante, luego Hamann, la Biblia en inglés y en alemán, Zhuang Zi, folklore de los bosquimanos, el libro sobre la vida de los lapones de Johan Turi, la *Iliada*, Aristófanes, Baudelaire, Trakl, las mascarillas mortuorias,²⁶ Shakespeare, Lichtenberg, todo de Kafka salvo las cartas, Rabelais (al que aún no he leído), las novelas picarescas españolas, *Don Quijote*, *Las almas muertas* de Gógol, *Recuerdos de la casa de los muertos* de Dostoievski. Para algunas obras que pertenecerían al sanctasantórum de mi literatura simplemente no había cabida. Faltan, por tanto, Büchner, Hölderlin, *Los demonios* de Dostoievski, *El Leviatán* de Hobbes, *Cumbres borrascosas*; faltan Proust, al que debería poner

entero, Nestroy, más Sófocles, Esquilo y Eurípides –por no hablar de los historiadores: Heródoto, Tucídides, Tácito–, faltan las *Analectas* de Confucio, Lao Zi, Lie Zi, faltan los textos más breves de Gógol. Por gratitud debería estar también *Los últimos días de la humanidad* de Kraus y, por un afecto agudo, los moralistas, de La Rochefoucauld a Joubert, y quizá también Gérard de Nerval. Aun así, duermo ahora al lado de gran parte de mis libros más importantes. Cuando me despierto, cojo uno y leo un poco; por fin, lo primero que leo por la mañana ya no es, pues, el periódico.

Diría que Dante, al que conozco demasiado poco, y Rabelais, al que apenas conozco, *ya* están aquí, pues pienso a menudo en ellos y sé que me significarán mucho aún. Sin embargo, este cambio simboliza un nuevo período de trabajo en mi vida. Hera estaba presente cuando tiré el Strindberg, ese acto fue además un homenaje a ella, y ella lo interpretó también como mi declaración.

Encima hay, como antes, toda una serie de mitos de los pueblos más diversos, entre ellos una incorporación nueva, una traducción alemana completa de las jatakas, unos cuarenta volúmenes en total. Debajo, una hilera igualmente larga de libros sobre animales.

Con unos cien libros más, un hombre podría *vivir*, pero es bueno no tener demasiados, porque así me dan más ganas de volver a leerlos todos.

En esta serie de libros me gustaría estar incluido, una ambición osada. Sin embargo, como siento tal fuerza y estoy por primera vez en muchos años intelectualmente *activo*, no me parece tan osado. Quiero escribir cosas que me den el derecho a pertenecer a esos dioses. Creo que las escribiré.

Formo parte de las personas que han de meter mucha bulla antes de hacer nada; que solo *pueden* hacer algo cuando antes lo anuncian a bombo y platillo.

Pienso avergonzado en Kafka, que siempre hacía todo lo contrario. No ha habido muchos de su estilo. La mayoría

eran más bien como yo, exagerados, fanfarrones, gente que se sobrevaloraba.

En eso he salido a los griegos, heraldos de ellos mismos; pero, con la excepción de Proust, cuán lamentable es absolutamente todo en comparación con los griegos.

4 de agosto de 1966

Recuerdos de la casa de los muertos de Dostoievski: primera sensación: confusión. Kafka nos ha malcriado, su orden. En Kafka, el caos está confinado tras una superficie de orden; en Dostoievski, la propia superficie es el caos.

Al principio se cree que hoy en día es posible escribir mejor. Pero ¿no será una equivocación?

¿No se pierde algo sumamente esencial debido a ese orden?

A mí no me molestan ni la exageración ni la intensidad, me gustan ambas. No me molestan ni la pasión ni el aliento largo y cálido. Me molesta el caos de la *forma*. Sin embargo, quizá sea esto lo más propio de Dostoievski, la pasión que se mantiene imprevisible, desordenada, fiebre y herida hasta la última palabra.

Hay algo maravilloso en el alimento que suponen los grandes escritores. A cuántos nutrió el insoportable Walter Scott, su falso orden, su superficie lisa, su saber objetivo.

Pero ¿no deberías volver a leerlo antes de juzgarlo a través de un recuerdo que se remonta a casi cincuenta años? Lo cierto es que apenas he vuelto a leer a Dickens, por ejemplo, y sin haberlo examinado de nuevo se ha mantenido vivo en mí.

Particularmente curioso es el origen de la *moral* en los escritores. Schiller ya formó la moral de Dostoievski como ochenta años después la mía.

La locura me vino a través de Poe. Y él la tenía de E.T.A. Hoffmann, al igual que Gógol. Yo la recibí de Poe y de Gógol, o sea, por partida doble. Pero la recibí también de Dostoievski, que la tenía de Gógol y de Hoffmann.

Los extraños entrecruzamientos: siempre he sido consciente de provenir de Gógol. Había leído antes a Dostoievski, pero nunca tuve la sensación de provenir de él.

Mi *orden* lo recibí de Stendhal, antes de la *Odisea*, y luego, en el último momento, de Kafka.

Mi orden es el *sistema de la locura*, cada uno de esos sistemas. En eso soy más coherente que la mayoría de los que me precedieron.

El orden de Kafka es la dificultad de andar, del andar «paso a paso». (Como el niño aprende a andar, pero aplicado a *todo*.) ¿Sería entonces el orden de Stendhal el análisis del amor? – Eso es insuficiente.

7 de septiembre de 1966

Basta con leer dos frases seguidas de Kafka para que nos sintamos más pequeños de lo que él mismo imaginó ser. Su pasión por el autoempequeñecimiento se transmite al lector.²⁷

Desde que ocurrieron esas cosas ya nadie es la misma persona, nadie en todo el mundo. Además, nadie puede ser ya como era la gente antes. Nadie puede ser, por ejemplo, un escritor como Kafka.

Ya nadie es tan inocente, pues ¿cómo es posible que se siga con vida?

Kafka murió nueve o diecinueve años antes.²⁸

9 de septiembre de 1966

Cuando pienso en la muerte, me molesta la idea de tener que separarme de Kafka.

Frente a Kafka *cualquier* escritor es menor. Resulta curioso pensar ante quién se sentía él menor.

La peligrosa simplificación: solo en su caso no resulta peligrosa.

Ni siquiera con la palabra *parábola* conseguirán matar a Kafka.²⁹

Es la ausencia de una *intención* en Kafka lo que consigue gran parte de lo que hace; no es escritor por voluntad animal, sino por aparente debilidad.

¡Ay, póngase a su lado a los otros, a los rabiosos! ¡Los rabiosos a los que yo mismo pertenezco!

Es, pues, cierto lo que siempre he dicho simplemente: los dos únicos escritores a los que puedo leer en todo momento y en cualquiera de sus líneas son Stendhal y Kafka.

Lo rápido carece de corazón; Kafka es lento.

La fe solo resulta soportable cuando lleva el ropaje y anda con el paso vacilante de la duda: la atracción de Kafka.

No asegura nada. Jamás asegurará nada. Muere antes de permitirse asegurar nada, tanto anhela él la aseveración de sus antepasados.

21 de noviembre de 1966

Nunca puedo leer lo suficiente sobre Kafka, pero solo lo escrito por quienes lo conocían.

26 de noviembre de 1966

He leído todos los mitos y leyendas, pero he evitado los de los judíos. Al lado mismo de mi puerta, en esta habitación, están los tomos desde hace doce años.³⁰ Cada día he pasado junto a ellos y los he evitado, no se me ocurría abrirlos. ¿Los habré despreciado? ¿Los habré temido? No creo que fuera desprecio. Todo lo judío me llena de miedo, porque podría hacer presa de mí. Los nombres familiares, el viejo destino, el tipo de preguntas y respuestas que penetran hasta la médula misma de mi espíritu. ¿Cómo podría permanecer abierto a *todo* si sucumbo por entero a aquello que, de todos modos, soy? Ahora llevo unos días viviendo en esas

leyendas y no me canso de frecuentarlas. Me obligo a no leer más de cien páginas por día. Si por mí fuera, no haría otra cosa que leer un tomo tras otro, día y noche, hasta aprenderme de memoria el contenido de los cinco volúmenes que tengo en casa. Me gustan las variantes de las mismas historias, orladuras de algo que, en el fondo, es siempre igual. En ellas he encontrado lo más próximo a Kafka, que es un *continuador* de esas historias. Pero también son las *mías*, y allí donde empiezan las exageraciones, reconozco mi propio espíritu. En esas leyendas Dios me es más querido que en la Biblia, es menos fanático, más humano, y no son pocas las veces en que se habla de animales. En la Biblia, los animales tienen muy escasa representación. Lo más bello son, sin embargo, las variantes de los mismos temas, es como si la tradición tuviera un sentido plural, y todas las interpretaciones se van yuxtaponiendo con igual valor. La moral, que lo llena todo, absolutamente todo, impone respeto. Nunca es insípida ni suena a sermón. Es dogma y exégesis. Uno se siente en compañía de un grupo de hombres sabios, cada uno de los cuales piensa y quiere ser justo; son esos los hombres que he buscado toda mi vida, pero solo he encontrado a uno, Sonne, y por eso todo cuanto aquí leo me suena como si viniera de él.³¹

28 de noviembre de 1966

Soy muy primario, la duda de Kafka nunca ha sido la mía, me inclino humildemente ante él y su duda.

A mí todo me ha salido a lo grande, tanto odio yo la muerte, tanto amo yo la vida.